

# Corrección y respeto, amor y miedo en las experiencias de violencia

---

Myriam Jimeno<sup>1</sup>

## I. La historia de la monja y las violencias

Unni Wikan, en un reciente artículo, narra la historia de una mujer, hija de una madre alcohólica y padre desconocido, quien muy joven entra al monasterio con el propósito de hacerse religiosa. Sin embargo, violada por un monje, es expulsada del monasterio por su embarazo. El niño muere al nacer, pero poco después es de nuevo violada por otro hombre. Da entonces a luz un niño, que cría enfrentando el repudio de la comunidad a las madres solteras. Después se casa y tiene otros hijos. Cuando sus hijos están adultos retoma su ideal de vida consagrada a la meditación religiosa, pero inesperadamente su nuera abandona a sus nietos y debe posponer de nuevo su ideal. La historia aún no concluye, pues hace poco, cuando ella ya tenía 75 años, el gobierno expropió su casa para hacer allí una cancha de volley ball (Wikan, 1996). A lo largo de sus infortunios esta mujer prosigue

trabajando arduamente para salir adelante con su familia, elabora explicaciones, medita y actúa sobre lo que le ocurre y aún saca tiempo para la vida espiritual, como es deber de una buena budista. La historia de esta mujer del Bhutan sirve a Unni Wikan para mostrar que la vida humana está sujeta a periódicas desintegraciones y el dolor no tiene una distribución uniforme en la sociedad. Pero también y sobre todo, para enfatizar los modelos culturales que ayudan no sólo a vivir a través de las desgracias personales, sino a sobreponerse a ellas y ofrecen el marco para su comprensión. Este relato llama la atención sobre las formas como sociedad y cultura crean condiciones, por ejemplo la necesidad de seguir trabajando, que ayudan a mitigar las situaciones críticas y proveen nuevas tareas y propósitos para las personas (ibid). Nos recuerda también que la comprensión sobre el sentido de la vida, la manera de ordenarla, el significado de los actos sociales "no desaparece bajo horribles condiciones" (Peacock, 1986).

---

<sup>1</sup> Profesora Asociada, Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales.

Buena parte de la reflexión sobre la violencia en Colombia asume que la intensidad y frecuencia de hechos de violencia lleva a la indiferencia o aún más, supone su incorporación a la cotidianeidad por la aceptación cultural de la violencia. Sin embargo, esta perspectiva deja de lado la comprensión de las relaciones sociales y los significados culturales presentes en los actos violentos. Un cierto sesgo normativo esquiva detenerse en la violencia como construcción particular y deja de lado el entramado de significados que le permite a los actores superar el sufrimiento y orientar sus acciones cotidianas. Se opta por un cierto tremendismo que achaca a la "cultura colombiana" los aspectos crueles y extremos de las formas de violencia; las variadas formas de violencia se hacen una sola, *la violencia*, producto de una tendencia macabra del colombiano. Queda así de lado la comprensión de los mecanismos propios de cada expresión de violencia y la identificación de posibles hilos comunes entre éstas. Todo indica que este enfoque confunde la explicación de los sucesos violentos que ofrecen los actores de la violencia y los mecanismos culturales y psicológicos de superación del sufrimiento, con indiferencia y hábito. Es probable que sea efecto de la proximidad al fenómeno y justamente por el amplio impacto de los hechos de violencia sobre la conciencia individual. Los analistas, como cualquier nativo cultural, nos desplazamos con nuestro sistema de referencia de manera

que los conjuntos culturales externos no nos son fácilmente perceptibles, como dijera Lévi-Strauss (Lévi-Strauss, 1983). Pero en este caso no ocurre por lejanía y contraste, porque otros viajan por una vía y a una velocidad diferente a la nuestra, sino justamente por lo contrario, porque estamos tan involucrados, que la cercanía nos impide encuadrar la mirada. Si nos alejamos de los estereotipos más corrientes que explican la violencia en Colombia como una patología social, para algunas atávica, originada en la historia o en otros rasgos de nuestra configuración, y si tomamos distancia sobre una cierta fascinación por reiterarnos como país violento, el más violento, podremos avanzar en la comprensión de la violencia que efectivamente nos golpea a diario.

## II. La violencia como experiencia<sup>2</sup>

Entre 1993 y 1994 se llevó a cabo una indagación sobre los hechos considerados experiencias de violencia por personas de sectores populares de Bogotá y la manera como ellos los explicaban. Se trató de entender su dinámica de ocurrencia, las relaciones interpersonales presentes, los puntos de referencia psico-culturales y su relación con determinadas configuraciones institucionales. La metodología apuntó a comprender la significación psicocultural de las experiencias de violencia para la población urbana de bajos ingresos y no tan sólo la de los extremos violentos.

<sup>2</sup> Este texto resume los resultados del *Estudio exploratorio de comportamientos asociados a la violencia*, realizado conjuntamente con los Drs. Ismael Roldán (médico psiquiatra), David Ospina (Ph.D. en Estadística), Luis Eduardo Jaramillo (médico psiquiatra), José Manuel Calvo (médico psiquiatra), profesores de la Universidad Nacional de Colombia, y Sonia Chaparro, antropóloga. La investigación contó con el apoyo de la Universidad Nacional, Colciencias y ACAC.

Se entendió la violencia como hecho social que discrimina escenarios, cadenas de situaciones, relaciones, actores y aprendizajes culturales. Existen, así, personas, creencias, valores, expectativas, formas de comunicarse, acciones individuales e institucionales, especialmente asociadas a la violencia. La violencia no es entonces un *fatum* inexorable que nos persigue desde siempre; es posible conocer sus expresiones, ubicar campos críticos, actores críticos, percepciones y relaciones críticas y eventualmente actuar sobre ellos. Si la violencia es una forma particular de interacción entre personas y grupos humanos en un contexto ambiental específico, determinada por la intención de hacer daño a otros, podemos relacionar su ocurrencia con ciertos elementos de la orientación cultural y la organización de la sociedad.

La violencia, como otras formas de interacción humana, puede verse como la unidad de situaciones constituídas por una serie de eventos observables, por los marcos culturales cognitivos que le asignan un significado, y por unas motivaciones específicas de los actores sociales (ver Campbell y Gibbs, 1986; Barth, 1992; Bateson, 1991). Así, la interacción violenta se forja en la confluencia de conjuntos socio-ambientales, de estructuras circunstanciales que ofrecen o guían la oportunidad de interacción violenta y de conjuntos cognitivos, culturalmente elaborados. En esa confluencia se hacen presentes dinámicas más vastas que rebasan y estructuran las circunstanciales y los códigos perceptivos. Los factores socio-

estructurales o los psicológicos, no monopolizan el poder explicativo de las interacciones violentas. Éstas no se reducen a carencias sociales, a desequilibrios psicológicos o en el acceso a recursos materiales, al poder o al prestigio. Se trata más que de entender la violencia como entidad abstracta, de precisar las violencias en cuanto tienen de específico y particular. A partir de la identificación de los atributos distintivos de formas particulares de violencia y los contextos circunstanciales materiales, cognitivos y emocionales a los cuales se asocia, es posible encontrar rasgos comunes entre ellos e identificar los elementos que los estructuran.

Las personas estudiadas (264 adultos<sup>3</sup>), resultaron ser en su mayoría mujeres, con más de cinco años de residencia en Bogotá. Las pasadas décadas trajeron para ellos cambios sociales importantes: más bajo nivel de analfabetismo, menor número de matrimonios formales, menos hijos por pareja, disminución de la práctica de la religiosidad y mayor número de mujeres empleadas fuera del hogar. Buena parte proviene de fuera de Bogotá (62%, principalmente del oriente colombiano), y llegaron en busca de oportunidades económicas y de acceso a la educación. Para ellos, las razones económicas fueron las más importantes para su migración. Cabe destacar la gran movilidad de vivienda dentro de la ciudad y la debilidad de redes de soporte e integración social, el bajo nivel de ingresos<sup>4</sup> y el alto desempleo que sufren. De cada cinco personas, cuatro han vivido en varios barrios

<sup>3</sup> Mayores de 14 años.

<sup>4</sup> Oscilaban entre uno y tres salarios mínimos como ingreso familiar; el salario mínimo en 1996 es de \$150 US.

de la ciudad y casi la mitad carece de vivienda propia. Una tercera parte son trabajadores independientes no profesionales y la mayoría no tiene salario fijo y tampoco seguridad social. Un 80% no alcanzó a concluir la educación media.

La mitad de los hombres y el 44% de las mujeres, dijeron haber sufrido maltrato en su hogar de origen, y entre los maltratados el 13% narró castigos brutales. En más del 76% de los casos de maltrato, los hijos fueron las víctimas. Las personas adujeron diferentes desencadenantes circunstanciales de la violencia sufrida, pero llama especialmente la atención que en el 37% de los casos, no encontraron motivo claro alguno; "no sé, no me explico.., por nada..". La desobediencia y la incapacidad de cumplir con las labores asignadas, le siguieron en importancia; estos tres factores aunados cubren el 80% de las respuestas. Otras causantes circunstanciales fueron frecuentar amistades y novios prohibidos, salir de la casa sin permiso, el consumo de licor del maltratante y su descontrol.

En cuanto a las razones posibles del comportamiento del agresor, principalmente lo achacaban a que éste había sufrido maltrato, era irascible o enfermo (22%) y también por su ignorancia y envidia (21%) o porque "era el estilo de corregir en ese tiempo" (16%).

El 72% de las mujeres casadas manifestaron haber sido víctimas de maltrato por parte de su cónyuge. Para el 83% de los hombres entre 18 y 49 años las experiencias más significativas de violencia habían ocurrido fuera del hogar, mientras para las mujeres del mismo grupo etéreo fue el hogar el principal sitio de la

agresión (55%). A pesar de ser conocido el causante de la agresión, para el 48% de los hombres y 63% de las mujeres víctimas, sólo el 38% en el caso de los hombres y el 47% en el caso de las mujeres, recurrieron a la policía.

El porcentaje de adultos atracados al menos una vez, alcanzó el crítico valor del 48%, que llegó al 57% en los hombres. El 18% de ellos consideraron los atracos como el hecho de violencia más importante ocurrido por fuera del hogar. Sin embargo, es notorio que la segunda respuesta en importancia (15%) sobre el principal hecho de violencia fuera del hogar, fueron los atentados y bombas de los últimos años, eventos que en ningún caso los habían afectado personalmente. Las mujeres colocaron como experiencias sobresalientes de violencia fuera del hogar, las referidas por los medios masivos de comunicación (18%), especialmente por la televisión. Muchas recalcaron cómo las conmovían las imágenes de actos violentos tales como el desenlace del asalto al Palacio de Justicia en 1986, pero sobre todo, que afectaban a "inocentes". Seguramente ésto guarda relación con la proporción de mujeres dedicadas al hogar (43%), lo cual las coloca en contacto más permanente con la radio y la televisión. Pero al mismo tiempo indica una sensibilidad amplia sobre lo que ocurre en la sociedad colombiana.

Otro aspecto de la violencia en la calle está directamente relacionado con el maltrato a las personas por parte de las autoridades. Nuevamente los hombres son los más afectados; más de la mitad de ellos afirmó haber recibido maltrato por parte de las autoridades, representadas principalmente por la policía, el ejército, la policía de tránsito y en



menor número por los profesores, religiosos y los jefes inmediatos. Para el sexo femenino este maltrato sólo alcanzó un 10%. A nivel global, podría afirmarse que una de cada tres personas se ha sentido maltratada de alguna manera por autoridades.

La atención hospitalaria (70% de confianza), la educación (65% de confianza) y la iglesia (52% de confianza), son las tres únicas instituciones que merecen la confianza de las personas. La justicia como institución, presenta resultados casi tan desoladores como la policía y los políticos (más del 80% de desconfianza). En términos generales, algo más de la mitad de las personas que habían sufrido maltrato significativo en el hogar, no presentaron denuncia contra el agresor. Lo mismo ocurre con los casos de abuso sexual (14%), en donde la mitad no son denunciados, aun cuando en el 70% de los casos este abuso fue ocasionado por personas allegadas o conocidas.

En resumen, las personas identifican con claridad las experiencias de violencia y las clasifican según su importancia, tanto para sus propias vidas como para la vida social. La violencia no les es indiferente, ni para ellos es un patrón aceptable de comportamiento. Atribuyen la violencia, como experiencia dolorosa, a un conjunto de razones circunstanciales, de las condiciones de vida y las características del agresor y el mismo agredido, lo que crea la posibilidad de comprenderla y también de superarla. Pese a que un número elevado ha sido víctima de violencia hogareña o callejera, seleccionan ciertas experiencias como más relevantes y las vinculan con rasgos más generales de la sociedad colombiana.

Pero a diferencia de lo que acontece con las analistas, ésta no les parece más violenta que otras sociedades.

### **A. Corrección y respeto, amor y miedo en las violencias**

En las personas estudiadas, las nociones de maltrato y violencia sirven para designar repertorios determinados de comportamiento social. No son para ellos conceptos tan vagos que se vuelvan inoperantes en la vida diaria, ni tan borrosos que no sirvan de distinción conceptual y moral. Ambas nociones, maltrato y violencia, son para algunos intercambiables y similares o aún idénticas, mientras para la mayoría los distingue básicamente la intensidad y la situación social de los hechos. La violencia tiende a asociarse más con el asesinato y la agresión física grave y suele nombrar los actos con lesiones graves, ocurridos fuera del hogar. El maltrato resume las experiencias del hogar, infancias e historias personales caracterizadas por golpes, fuetazos, manos puestas al fuego. Distinguidas o asimiladas, ambas nociones descansan en la referencia a interacciones donde existe la intención de causar daño a otros y contienen una dimensión valorativa explícita. Esta dimensión moral sanciona a los actores de hechos violentos, si bien simultáneamente se intenta encontrar razones de sus comportamientos para hallarlas en ciertas circunstancias, internas o externas a las personas involucradas.

Un grupo importante de los entrevistados (casi la mitad) calificó su propia infancia como un período hostil y de sufrimiento por el maltrato recibido de sus padres. Al confrontar

las experiencias de maltrato infantil con la descripción de estados de ánimo actuales, se encontró una asociación significativa entre sufrir maltrato de niño y describirse a sí mismo como persona frecuentemente nerviosa o triste. Existe también una estrecha relación estadística entre la descripción del estado anímico, el admitir la necesidad de recurrir al maltrato en el hogar actual, y el haber sufrido maltrato en el hogar de origen. Los sentimientos de tristeza, desconfianza y pérdida de control, parecen así enraizarse en las condiciones violentas de la vida familiar. A pesar de que para todas las personas el maltrato infantil implicó sufrimiento y daño, algunos lo atribuyen a situaciones especiales tales como la tensión por pobreza o carencias, a la infidelidad, la desobediencia y el consumo de alcohol. Otros destacan los atributos del agresor mismo: irascible, nervioso, malgeniado, malvado, impredecible. Unos y otros, se encuentran en la idea común de la búsqueda de la corrección, dada la necesidad paterna/materna de mantener el control de la vida familiar e inculcar patrones de comportamiento. En los casos más extremos, las víctimas juzgan con claridad, sin embargo, que el maltrato sobrepasó ese propósito e incluso tuvo una intención destructiva. Todo el conjunto cultural indica que se entiende la vida familiar como una entidad vulnerable, amenazada por el desorden y por el desacato a la autoridad. En éste contexto actúa la corrección paterna preventivamente; quizás de igual manera se concibe al individuo, siempre propenso a desbordarse.

La noción de búsqueda de la "corrección" de la persona tiene además un efecto emocional importante. La corrección está estrecha-

mente ligada con la idea del "respeto" debido a los padres y secundariamente al cónyuge varón. Esto permite comprender mejor la contradicción de la mayoría de los maltratados quienes juzgan su experiencia como dolorosa e incluso injusta y carente de motivo claro, pero simultáneamente consideran que, pese a todo, existía afecto en la relación y era el propósito correctivo el que movía al padre/madre. Precisamente corrección y respeto obran como mecanismos de intermediación, como mitigantes para la comprensión de experiencias que ponen gravemente en cuestión el amor y equilibrio de los padres frente a sus hijos. Así, el exceso se entiende como un desvío de la intención correctiva debido a causas circunstanciales o personales. En este contexto, se reubica el atribuir el maltrato a la ignorancia, como dice la mayoría, o al consumo de alcohol, al nerviosismo o al malgenio, y aún a la misma creencia de que se debió a la forma de corregir de ese tiempo, y se convierten en mallas de protección ante el sufrimiento. La aceptación de la intención correctiva da lugar al respeto, que en modo alguno hace moralmente legítimo el empleo de la violencia, pero permite integrar la experiencia en un código esencialmente ambivalente. Lograr el respeto se convierte en el propósito de la corrección, de manera que aparenta ser la finalidad de la interacción violenta y se oculta como su producto cognitivo. Respeto es amor y miedo simultáneamente, y en las memorias de los maltratados amor y miedo se encuentran encadenados, ambos presentes, contradictorios.

Un grupo minoritario, sin embargo, consideró una intención destructiva en el maltrato y lo achacó al desafecto. Para éstos, detrás del

maltrato se escondía el odio, el desamor y la envidia. Los padres odiaban a la persona por su sexo, su manera de ser, su relación con el otro padre o con padrastros, o envidiaban sus cualidades o posición en la familia. Aquí la experiencia dolorosa es más cruda y simple en la memoria de las personas, pero algunos continúan interrogándose el por qué de ese odio. También unos pocos dentro del conjunto, se mostraron partidarios del empleo del castigo violento para obtener la corrección, y lo justificaron abiertamente<sup>5</sup>. Sería de interés realizar seguimientos posteriores sobre los efectos emocionales y de comportamiento en estos últimos.

Los escenarios privilegiados para las interacciones violentas en el hogar, sean entre padres y niños o entre la pareja, son aquellos en los cuales se hacen presentes, de manera real o ficticia, elementos situacionales en los cuales entra en juego el control social del grupo familiar, bien frente a conductas de los miembros de la familia, o frente a su modelaje futuro, tales como desobedecer, incumplir labores o prohibiciones. No sólo importan las conductas manifiestas sino también las que pudieran ocurrir y se aspiran a normatizar. De allí el apreciable número de casos en los cuales el maltrato ocurrió sin motivo aparente. A veces éste estuvo ligado a situaciones en las cuales se desafió en forma muy sutil el ejercicio del control del grupo hogareño, por ejemplo, ligeras tardanzas en llegar a la casa, respuestas apenas descomedidas o incluso pequeños gestos de supuesto desacato. En la dinámica

de las interacciones violentas es central la obediencia y su reverso, la desobediencia. Por ello actos triviales en apariencia, juzgados como irrespeto a padres o cónyuges, desencadenan respuestas excesivas, tales como reclamos o aún preguntas, sobre la conducta del hijo o el cónyuge. Se espera la obediencia frente a tareas excesivas u órdenes absurdas, cumplir en rigor los tiempos establecidos, consultar sobre las relaciones fuera del hogar, en fin, no desafiar con gestos, palabras, actos u omisiones, el ejercicio del control hogareño y dar muestras expresas de acatarlo.

La "corrección" opera como interpretación cognitiva del propósito último del maltratador y como tal, guía las percepciones sobre las interacciones específicas. El "respeto", por su parte, apunta a las conductas del maltratado, inhibiendo sus respuestas, pero ofrece al mismo tiempo un marco valorativo amplio, con el cual juzgar las relaciones con los padres y entre cónyuges, en fin, las del conjunto familiar. Ambos informan y estructuran el conjunto situacional. La ira, el miedo y la tristeza, asociados a las situaciones y presentes en sus efectos, son modelados por el conjunto cognitivo corrección-respeto, de forma tensa y relativa. "Corrección" y "respeto" pautan (puntúan en los términos de Bateson, 1991) las dinámicas de las situaciones de violencia, en un juego de acciones y respuestas.

Ahora bien, se detectó un cambio generacional, aún incipiente, en la valoración del conjunto corrección-respeto como aval del

<sup>5</sup> Ver Trabajo de Grado en Antropología "Maltrato Infantil y Castigo Físico" de Sonia Liliana Montañez, Trabajo para optar por el título de antropóloga, Programa Curricular de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Septiembre 1996.

empleo de la violencia en el hogar. Fueron precisamente los mayores de 30 años quienes más sufrieron los castigos brutales y, en contraste, entre los más jóvenes se encontró una mayor influencia de un sistema de referencia que sanciona el uso de los castigos brutales y otorga un mayor reconocimiento al derecho de los hijos a no ser maltratados. Algunos de los entrevistados ven este cambio con desconcierto, pues para ellos se plantean dudas, antes inexistentes, sobre el castigo a los hijos y los derechos paternos. Incluso algunos atribuyeron a este cambio la existencia de delincuencia y violencia en la sociedad: "es que como ya no se puede corregir...". Para la gran mayoría, estos cambios en los patrones de referencia se viven con ambivalencia. Por un lado, la mayor parte consideró el diálogo como el medio apropiado para corregir y resolver conflictos interpersonales en el hogar. Pese a que pocos justificaron el uso de la violencia como correctivo, muchos la utilizan en su hogar, a veces sin motivo, y no se reconocen como maltratadores. La condición de víctima y blanco de maltrato es fácilmente reconocida, mientras que la de maltratador no sólo trata de ocultarse por la sanción socialmente difundida, sino principalmente por una incorporación aún insuficiente de formas correctivas alternativas. El marco cognitivo más general, apunta a un modelo de referencia para las relaciones interpersonales entre miembros del grupo con desigual posición en su seno, (padres-hijos, hombre-mujer), y por ello entreteje y conforma un concepto más amplio, con el cual se aprehende la experiencia personal hogareña pero también una amplia gama de relaciones con otros, especialmente aquellas sujetas a desembocar en conflicto abierto.

## **B. Las experiencias de violencia fuera del hogar**

Un quinto de las personas (18%) consideró el atraco como la principal experiencia de violencia fuera del hogar, pero cuatro de cada diez aludieron a los atentados y bombas ocurridos en Colombia en los últimos años. Destacaron en especial, el asalto al Palacio de Justicia y la información televisada sobre hechos violentos en Colombia tales como las masacres. Pocas menciones hicieron del período de violencia ocurrido en los años cincuenta, a pesar de que por el rango de edad, la gran mayoría la conocieron en una u otra forma. Por otra parte, sucesos como las torturas, el secuestro, la extorsión, fueron poco tenidos en cuenta, con excepción de algunos, dramatizados, por los medios de comunicación.

En contraste con lo anterior, en la narración de sus historias de vida las personas identificaron principalmente las experiencias sufridas en forma directa, o las que afectaron a familiares o allegados. Puede influir en las primeras respuestas, la dramatización de la televisión del acto agresivo. Dado el aislamiento relativo de este sector social, especialmente de las amas de casa, es probable que la televisión juegue un papel importante en la construcción de modelos de representación de la violencia y en la creación de imágenes sobre hechos de violencia, que pueden dar lugar a una visión polarizada de la sociedad y a simplificaciones de sus conflictos. Sin embargo, quizás el mismo instrumento de investigación induce al cambio de plano de reflexión, desde lo social a lo personal. Aun más, lo que se evidencia en el conjunto, es una

distinción cognitiva entre violencia instrumental, como el robo o el atraco, y violencia emocional, aquella en la cual los sentimientos y relaciones entre las personas determinan el curso de las acciones. Tal es el caso de las riñas y también de los grandes hechos de violencia nacional como las masacres y los atentados personales. La violencia delin cuencial no parece tan significativa, tan impresionante como la segunda, sobre todo para las mujeres. Así, todo indica que la violencia emocional, con intencionalidades personales, es la más significativa. Incluso se personalizan ciertos agentes institucionales, especialmente la policía, para hacerlos responsables de un cúmulo de males, culpabilizándolos de actos perversos y brutales, de corrupción, soborno y clientelismo.

La violencia delin cuencial remite a una forma de ver la sociedad como ente abstracto que se padece, mientras la emocional al resultado de las relaciones interpersonales. La expresión tan recurrente entre los entrevistados "no temo pues no tengo problemas con nadie", alude a esa distinción y a una idea del origen de la violencia significativa en la confrontación personal. Una razón reiterada por muchos para eludir las actividades de vecindario, fue "evitar meterse en problemas", derivación posible del acercamiento a los vecinos. Otra manifestación se encuentra cuando las personas comentan sobre una víctima de la violencia no delin cuencial, "por algo sería...". La violencia delin cuencial en la sociedad, en cierto sentido, se ve como inevitable. La sociedad, es decir, las sociedades son así. Por ello, una proporción importante (la mitad) no considera a Colombia como un país peligroso, pese a que muchos habían

sufrido atracos y robos y otras formas de violencia callejera. La otra mitad consideró que es peligroso vivir en Colombia porque es violento e inseguro, pero sólo a un porcentaje modesto le gustaría vivir en diferente país, y básicamente por otras razones. Quienes consideran al país violento tienden a personalizarlo en las figuras de autoridad institucional, a quienes culpan del estado de cosas. En todos los casos, el individuo temeroso, carente o desconfiado de medios institucionales de protección, se percibe como inerme y huérfano frente a los conflictos y su desenlace peligroso. Debe por tanto precaverse, prevenirse permanentemente y eludir las situaciones que puedan desembocar en violencia. Ésto, a su turno, alienta la pasividad e inhibe a la persona para denunciar o acudir en auxilio de quienes padecen formas de violencia.

### C. Experiencias, situaciones, representaciones

La conexión entre las experiencias, los escenarios materiales, las situaciones y las representaciones sobre experiencias de violencia no es lineal. Sin duda quien ha sido maltratado en su infancia no será necesariamente un adulto maltratador o violento. Más bien, distintos factores de mediación inciden en la forma como las experiencias de violencia son traducidas en acciones, cogniciones y emociones posteriores, en un abanico múltiple de posibilidades. Éstas van desde la identificación con la agresión como medio de resolver conflictos y diferencias y su utilización frecuente, hasta la pasividad o la elusión sistemática del conflicto. Se sabe que un niño agredido puede identificarse con el agresor y

su comportamiento violento (Huesmann, cit.<sup>6</sup>). Pero por el contrario, si en la relación median atributos tales como la ternura y el afecto, éstos le permiten distinguir al niño entre el uso de la agresión en sí misma y el uso de la agresión como medio ligado a un fin correctivo o disuasivo. El niño no adopta, en estos casos, la agresión como patrón para reproducir y podría decirse que no se identifica con el comportamiento agresivo sino con el fin correctivo (ibid). La noción misma de corrección actúa como explicación sobre el comportamiento paterno y va mucho más allá de legitimar el uso de la violencia, para convertirse en mediador que matiza la identificación con el uso de la violencia.

En términos amplios, quienes han sufrido violencia cuando niños, independientemente de que reproduzcan o no comportamientos violentos, comparten un marco cognitivo, resultado de sus experiencias y de los significados culturales asociados al uso de la violencia. Ese marco aprendido, empleando los términos de Bateson (1991), es un marcador de contexto, es decir, una señal que ubica a la persona en el escenario social, le indica lo que puede esperar en determinadas situaciones y la forma como debe guiar la relación con otros en ellas. Es un aprendizaje clasificatorio, aplicable en un conjunto de situaciones sociales de interacción, que descansa en la noción de autoridad, se construye en las interacciones violentas sufridas en la niñez y se refuerza en otros escenarios e interacciones sociales que se le asemejan y le sirven de retroalimentación.

Ese conjunto cognitivo sobre la autoridad, tiene efectos, como en general lo tienen las representaciones culturales, sobre las acciones cotidianas humanas a través de sus cualidades performativas (Jodelet, 1984). ¿Cuáles son ellas en este caso? La autoridad es aprehendida como una entidad impredecible, contradictoria, rígida y propicia a volverse en contra de la persona por pequeñas circunstancias. No es confiable, no se puede acudir a ella en casos de conflicto; es entendida ante todo por sus aspectos de sanción y represión, y no por los de protección o mediación. Esto de por sí, no lleva necesariamente a acudir a la violencia. Sin embargo, la configuración socioinstitucional, su funcionamiento en relación con las personas de menores ingresos, convierten a la noción de autoridad en el sustrato cultural y emocional para las interacciones violentas. Actúa como escenario cultural por la significación que asume, por los atributos con los cuales se reconoce y con los cuales se asocia: arbitrariedad, impredecibilidad. En el campo emocional, auspicia miedo, prevención y desconfianza. Unos y otros socavan la confianza personal en el entorno y las bases de convivencia y tienen efecto sobre la manera como se piensa y se vive en la sociedad. Miedo y desconfianza son términos reiterativos de las personas para calificar situaciones muy disímiles, en el hogar y fuera de él, y se usan para describir el vecindario, cómo eluden relacionarse con él, cómo ven la ciudad, el país y ciertas instituciones. Pero no sólo son formas de expresarse, sino guías de acción cotidiana. Si la autoridad y sus diversas representaciones locales, policía, juez, no son

<sup>6</sup> Ver una interpretación diferente, usando un modelo psicocultural y psicodinámico, en Ross, 1995.



de fiar, y más bien pueden ser amenazas, no lo son menos las figuras más lejanas y abstractas: la justicia, el gobierno, los políticos, el Estado. En esta forma de representar la autoridad, bien sea la del Estado o la de la familia, se encuentran al menos dos puntos críticos en relación con sus efectos sobre la vida ciudadana: uno es la asimilación cognitiva entre autoridad, coacción y violencia. El otro, sus efectos sobre la fiabilidad, sustrato de las relaciones en las sociedades contemporáneas.

La autoridad, insiste Hanna Arendt en su texto clásico sobre la violencia, supone el reconocimiento indiscutido de aquellos que le deben obediencia y no precisa ni coerción ni persuasión, pero requiere respeto hacia la persona o hacia el cargo (Arendt, 1970). Si la autoridad es entendida como coerción externa y el respeto se deriva del empleo de la violencia, la autoridad misma se encuentra socavada. Un punto crítico de esa representación social sobre la autoridad, es que sólo la introyección de los preceptos eleva la autoridad a ser reconocida, legitimada, acatada. A largo plazo, ningún precepto se puede imponer si no es obtenido por convicción, mediante el consentimiento. Entre las personas del sector social estudiado, poder y autoridad ejercen débilmente la función de mediación de conflictos. Tampoco ejercen la intimidación en forma de leyes o de sanciones contra los criminales o los violentos, ni restablecen un orden alterado por la transgresión de la norma. Se encuentran así debilitadas las bases de la autoridad en la sociedad y su expresión específica en el poder gubernamental. La autoridad se convierte, como concepto, en poderío, es decir, en una entidad que no

obra en nombre del grupo sino es potestad del individuo, es personal (ver Arendt, cit.) y se basa en la fuerza. Lo crítico de esa representación sobre la autoridad, es que la debilidad del consenso social favorece e incita al recurso a la violencia en la solución de conflictos.

La fiabilidad, concepto crucial para la vida moderna, hace que las personas esperen una adecuada actuación del sistema y tengan una cierta fe, si bien relativa, en la corrección de los principios abstractos. Un elemento importante para esa fiabilidad son las señales que perciben las personas sobre la marcha adecuada del sistema, y que para A. Giddens (1994), son "reanclajes" que conectan la confianza en los sistemas abstractos. Las relaciones de fiabilidad son "esenciales al amplio distanciamiento espacio-tiempo asociado a la modernidad". La fiabilidad es sustrato de las relaciones en las sociedades modernas que ya no se soportan en los vínculos de la tradición y el conocimiento personal. Supone un conjunto de reglas compartidas de comportamiento y de comunicación que orientan las interacciones entre las personas y descansan en una cierta confianza en lo que nos rodea, pues de lo contrario, se dificulta enormemente manejar los asuntos cotidianos, incluso, como lo dijo Goffman, casi no tendríamos asuntos que manejar (Goffman, 1991). Se supone que las personas han aprendido a fiarse de la equidad, igualdad y continuidad de los agentes "externos", lo cual es también aprender a fiarse de uno mismo (Giddens, cit. con base en Erickson). ¿Qué sucede cuando se debilita esa confianza básica de las personas? El riesgo deja de ser calculado y se pierde el equilibrio entre confianza y cálculo de riesgo.

Toda la vida social contemporánea implica cierto escepticismo y la noción de riesgo es inherente a la vida humana. No obstante, lo que aquí acontece es la generalización de lo que Giddens llama "ambientes de riesgo", y, en cierto sentido, es como aprender la desesperanza.

Cabría preguntarse ¿qué relación existe entre la ausencia de credibilidad, la desconfianza y la ilegitimidad de las figuras e instituciones de autoridad y las violencias en Colombia? La no credibilidad y la desconfianza sobre las relaciones en la vida social abonan el campo para acciones de violencia. No las provocan de manera inmediata, en relación directa. Lo abonan a través del miedo, la desconfianza y la prevención, que lo son frente a las autoridades (personas e instituciones que la representan), de manera que frente a situaciones eventuales o efectivas de conflicto, la persona se siente inerme y solitaria. Por ello muchos rehuyen lo que a su juicio los pueda colocar en una posible escalada de conflicto. Eluden interacciones cotidianas como las del vecindario, rehuyen reaccionar frente a acciones violentas presenciadas o conocidas, delincuenciales o de otro orden y permanecen pasivos. ¿Por qué callan quienes presencian crímenes? ¿Por qué claman los agentes oficiales sobre la falta de "colaboración con la justicia"? ¿Es esa falta de colaboración igual en otros países? ¿No son el silencio temeroso y la pasividad, resultado de la desconfianza en la autoridad, aliados poderosos del florecimiento de formas de violencia?. No son mecanismos de adaptación a las condiciones de la vida social en Colombia? ¿No tiene que ver una cierta ambigüedad frente a quienes rompen las normas, muy extendida en Colombia, con la idea de que la autoridad no transmite con claridad normas,

ni sanciones justas para todos, y por el contrario, es circunstancial, comprable, maleable?. Además, no sólo es inútil denunciar una transgresión; es potencialmente peligroso, pues la acción de la autoridad es impredecible. ¿No deja ésto el campo abierto para la impunidad en su sentido más general, impunidad que a su turno refuerza a los grupos extremos violentos? ¿No son la pasividad, la desconfianza y el miedo adaptativos a ese contexto social?

Es sabido, por otra parte, que el miedo puede inducir también al ataque. Recurrir a la violencia es anticiparse a un ataque del otro. Dado el estado de desprotección de la persona, es decir la incapacidad o el desinterés de la autoridad en proteger o intermediar en los conflictos, ¿no se vuelve el ataque una forma de defensa y de protección, así como el recurrir a formas privadas de "justicia", basadas por lo general en el uso de la violencia? ¿Por qué en la sociedad colombiana actual vienen creciendo grupos especiales de "justicia" privada, si no porque la autoridad no merece confianza ni credibilidad? Por supuesto que una vez iniciados los conflictos, éstos adquieren su propia dinámica interna y tienden a reforzarse en círculo. La violencia como medio, somete y devora los fines para los cuales se emplea.

### **III. Las experiencias de violencia, conclusión**

En conclusión, no parece cierto que a fuerza de ver y padecer hechos de violencia, los colombianos, o por lo menos los pertenecientes a sectores de menores ingresos de las principales ciudades, sean insensibles o no sepan distinguir la violencia de otras relacio-

nes sociales. Trazan distinciones sutiles, reconocen las experimentadas por ellos mismos en la casa o en la calle, y se conmueven ante las que otros padecen. Los hechos de violencia sufridos, o los dramatizados en la televisión, en forma alguna les son indiferentes. Más bien, les afecta que la violencia y el crimen, como rupturas y afrentas a la conciencia colectiva, como diría Durkheim, no cuenten con la sanción institucional adecuada.

Puede pensarse para el caso colombiano, que la debilidad del poder es la otra cara de la autoridad arbitraria y a su sombra prosperan las violencias. En las experiencias y en las nociones de las personas del estudio, en la síntesis de los conjuntos ambientales y perceptivos, no se reconoce la autoridad legítima porque ésta no media frente a la agresión, antes bien la ejerce de manera oscura y ambivalente. Esta es reconocida como poderío, como coerción externa, como potestad personal. De allí el origen personal asignado a la violencia significativa, y la desconfianza de las personas ante la autoridad y ante los otros, huérfanas de mecanismos de mediación y protección. En este sentido, no son la ausencia del Estado o su debilidad, las causas por las cuales la autoridad no es reconocida. La ausencia estatal es parte del conjunto social en el cual la autoridad se afirma por medio del autoritarismo, en el hogar, en la calle, y en la sociedad en general. Por ello la autoridad en la sociedad, al menos para el sector estudiado, no puede trascender y ganar una legitimidad profunda. En este contexto social, las tensiones psicológicas derivadas de la falta de trabajo, de los bajos ingresos, de las privaciones, de las jornadas laborales prolongadas y todas las generadas por la desigualdad social, permiten articular una justificación verosímil

para las acciones violentas en el hogar y fuera de él. En esas condiciones la intimidación o el ataque anticipado o, por el contrario, la pasividad, la evitación, pueden volverse mecanismos adaptativos. El aprendizaje sobre el manejo de los conflictos marca las formas de abordar las interacciones futuras, donde un círculo autorreforzado de agresión acerca las respuestas violentas a las autodefensivas (Bateson cit., en Linger, 1993).

La vida familiar se percibe como entidad frágil, al borde del desorden de sus miembros, si la autoridad no se reafirma en el empleo de la fuerza y se anticipa a su desacato. Corrección y respeto son sus medios, que como construcciones cognitivas, emocionalmente densas, explican las experiencias dolorosas. Ofrecen a sus víctimas una guía de acción y comprensión y permiten afrontar y superar los sufrimientos, pero su naturaleza ambivalente, hecha de miedo y amor, debilita la credibilidad y el acatamiento de la autoridad.

Los sistemas sociales reiteran en forma diversa, ritual y secular, que la aceptación del orden social va mucho más lejos que la obediencia (Fortes y Evans-Pritchard, 1979), porque en ello cifran su permanencia. La validación ideológica, el arte de la teatralidad, como lo denomina G. Balandier, no es un simple mecanismo de subordinación o un recurso instrumental, sino que los muy diversos medios de escenificación representan la sociedad gobernada (Balandier, 1994). Representan también su capacidad para tratar con el desorden, con el conflicto inherente a las relaciones humanas. La validación fallida es grieta entre las personas y su ambiente social y es invitación a la violencia.

## Bibliografía

- Arendt, Hannah. "On violence". A. Harvest HBJ Book, San Diego, New York, 1970.
- Arocha, Jaime y otros. "Colombia : Violencia y Democracia". Informe presentado al Ministerio de Gobierno, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.
- Balandier, Georges. "El Poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación", Editorial Paidós, Barcelona, 1994.
- Bandura, Albert. "Self-efficacy: toward a unifying theory of behavioral change". En: Psychological Review, vol. 84, 1977.
- Barth, Frederick. "Towards greater naturalism in conceptualizing societies". En: Kuper, Adam (ed.), Conceptualizing Society, Routledge, London y New York, 1992.
- Bateson, Gregory. "Pasos hacia una ecología de la mente: Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre". Planeta, Buenos Aires, 1991.
- Berkowits, Leonard. "Is Something missing? Some observation prompted by de cognitive-neoassociationist view of anger and emotional aggression". En: Huesmann, L. Rowell (ed), Aggressive Behavior: Current Perspectives, Plenum Press, New York, London, 1994.
- Calvin, W.H. "The Emergence of Intelligence". En: Scientific American, vol. 269, No. 4, 1994, pp. 101-107.
- Camacho, A. y Guzmán, A.. "Colombia, ciudad y violencia". Ediciones Foro Nacional, Bogotá, 1990.
- Carthy, J. D. y Ebling, E. J. *Historia Natural de la Agresión*. Siglo XXI Editores, México, 1977.
- Deas, M., y Gaitán, F. *Dos Ensayos Sobre la Violencia en Colombia. Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo*. Departamento Nacional de Planeación, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1995.
- De los ríos, H. "Violencia y Estado en Colombia", En: Revista Universidad de Antioquia, 218. Vol. LVIII, Octubre-diciembre, 1989.
- Dollard, J. et al. "Frustration and Aggression". Yale University Press, New Haven, 1939.
- Durkheim, E. *La División del Trabajo Social*. Colofón, México, 1993.
- Eibel-Eibesfeldt, Irenaus. "Amor y Odio". Siglo XXI Editores, México, 1986.
- Eron, L. D. "Theories of Aggression: From drives to cognitions". En: Huesmann, L. Rowell (ed), Aggressive Behavior: Current Perspectives. Plenum Press, New York, London, 1994.
- Fortes, M. y E. E. Evans-Pritchard. "Sistemas Políticos Africanos". Introducción. En: José Llobera (comp.), Antropología Política. Ed. Anagrama, Barcelona, 1979.
- Freud, S. "Instincts and their vicissitudes". The Standard Edition, vol.14, Hogarth Press, Londres, (1915) 1957.
- Freud, S. "Civilization and its discontents". The Standard Edition, vol.18, Hogarth Press, Londres, (1930) 1961.
- Fromm, E. "Anatomía de la Destructividad Humana". Siglo XXI Editores, México, 1975.
- Gibbs, J. J.. "Situational correlates of aggression". En: Anne Campbell y John Gibbs (eds), Violent Transactions: The Limits of Personality. Basil Blackwell Ltda, Oxford, 1986.

- Giddens, A. *"Consecuencias de la Modernidad"*. Alianza Universidad, Madrid, 1994.
- Goffman, E. "Los momentos y sus hombres". En: Ives Wilkin (recop.) *"El orden de la Interacción"*. Ediciones Paidós, Barcelona, Buenos Aires, 1991.
- González, F. *"El Transfondo Histórico de la Actual Violencia"*. Inédito, 1991.
- Harker, F. *"Agresión"*. Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1973.
- Huesmann, L. Rowell (ed). *"Aggressive Behavior": Current Perspectives*. Plenum Press, New York, London, 1994.
- Imbert, G. *"Los escenarios de la violencia: Conductas anómicas y orden social en la España actual"*. Icaria S.A., Barcelona, 1992.
- Jimeno, M. (comp). *"Conflicto Social y violencia", notas para una discusión*. Memorias del Simposio Conflicto Social en America Latina, VI Congreso de Antropología en Colombia, IFEA-Sociedad Antropológica de Colombia, Bogotá, 1993.
- Jodelet, D. *"La representación social, fenómenos, conceptos y teorías"*. En: Serge Moscovici (comp), *Psicología social*, II. Ediciones Paidós, Barcelona, Buenos Aires, 1984, pp. 469-494.
- Levi-Strauss, Claude. *"Le regard éloigné"*. Plon, Paris, 1983.
- Lorenz, K. *"Sobre la Agresión: el Pretendido Mal"*. Siglo XXI Editores, México, 1978.
- Mckay, M., Rogers P. and Mckay J. *"When anger Hurts"*. M.J.F. Books, New York, 1989.
- Messner, S. *"Research on cultural and socioeconomic factors in criminal violence"*. En: *The Psychiatric clinics of North America*, vol. 11, No. 4, December, 1988, pp 511-526.
- Ministerio de Salud, Centro Nacional de Consultoría: *"Estudio nacional de salud mental y consumo de sustancias psicoactivas"*. Informe Preliminar presentado a la división de comportamiento humano por Yolanda Torres de Galvis, Colombia, 1993.
- Ministerio de Salud División de Comportamiento Humano. *"Estudio nacional de salud mental y consumo de sustancias psicoactivas"* Santafé de Bogotá. Resumen Ejecutivo realizado por el Centro Nacional de Consultoría Ltda, Colombia, 1993.
- Montañez, S. L. *"Maltrato infantil y castigo físico"*. Trabajo para optar por el título de antropóloga, Programa Curricular de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Septiembre 1996.
- Ortíz, C. M. *"Los estudios sobre la violencia en las tres últimas Décadas"*. En: Boletín Socioeconómico. CIDSE. No. 24-25, Agosto-Diciembre de 1992, pp. 45-76.
- Peacock, J. *"The Anthropological Lens. Harsh Light, Soft Focus"*. Cambridge University Press, Cambridge, 1986.
- Personería de Santafé de Bogotá, D.C.. *"Estadísticas de muertes violentas y presuntamente violentas": Julio de 1992 a Julio de 1994*. Divulgación y Prensa División de Informática, Santafé de Bogotá, 1994.
- Policía Nacional: subdirección de policía judicial e investigación. *"Criminalidad 1993, Tendencia Delincuencial: Primer trimestre 1994"*.
- Reiss, A. and Roth, J. *"Understanding and preventing Violence"*. National Academy Press, Washington D.C., 1993

Ross, M. "*La cultura del conflicto. Las diferencias interculturales en la práctica de la violencia*". Ediciones Paidós, Barcelona, Buenos Aires, 1995.

Segovia, G. "*La violencia en Santafé de Bogotá*". Alcaldía Mayor de Bogotá: Consejería para la Juventud, la Mujer y la Familia, Bogotá, 1994.

Witt, D. "*A Conflict Theory of Family Violence*". En: *Journal of Family Violence*, vol 2, No.4, 1987, pp. 291-299.

Wican, U. "*The Nun s story. Reflections on an Age-Old, Postmodern Dilemma*". En: *American Anthropologist*, vol. 98, No.2, 1996, pp. 279-289.